

SE FUE UN COMPAÑERO



FERNANDO González tenía 42 años: una vida corta, pero tan repleta de hechos y circunstancias que puede ser definida por ellos mismos. Fernando González era algo más que una persona común: era una fuerza en movimiento; su colosal estructura física y su gran barba pelirroja fue, durante estos últimos años, una constante en las redacciones de diarios y revistas. Era incansable, polifacético en los temas que trataba, y siempre conflictivo. Se le temía, se le respetaba y se le quería casi a partes iguales.

Era un profundo conocedor del franquismo y especialmente de sus orígenes africanos. En sus tres obras trató el tema: «Liturgias para un caudillo» (1977), «Memorias de un fascista español» (1976) y la novela «Kábila» (1980). Seguramente por ello y por su implacable crítica del fascismo español estuvo encarcelado varios años en el Sahara y en la prisión de Ceuta. Eran estas anécdotas de tantos luchadores progresistas españoles de su edad, las que más gustaba de recordar y, sin duda, de las que más se enorgullecía.

Los temas del Tercer Mundo, los servicios secretos, la geopolítica y hasta la Historia se repartían sus curiosidades intelectuales, pero su actitud vital sobrepasaba en mucho a su actividad periodística. Era, desde luego, un intelectual, pero no sólo eso: era un incansable combatiente en todos los frentes contra la corrupción y la injusticia. Ahora, a las pocas semanas de su muerte, sólo se puede afirmar algo que no es, en este caso, un tópico: Fernando González deja un hueco de consideración, bastante difícil de cubrir, en la primera línea de luchadores demócratas. Con él se ha ido, además, la probidad, el valor y la hombría de bien. ■ R. C.

Libros

AUGE Y DECADENCIA DE LA INQUISICION

EL tema ha preocupado a numerosos historiadores y sigue concitando la atención de los investigadores; el libro de Henry Kamen (1), en segunda edición de Editorial Grijalbo, nos ofrece una prueba de ello. Es un estudio que relata el trayecto cumplido por la Inquisición en España desde su habilitación como organismo activo a fines del siglo XV hasta su cese en 1843. El autor nos dice que el descubrimiento de América condujo a un fortalecimiento del poder que ejercían las clases dominantes. Si bien los nobles no habían concurrido a la conquista de las Indias, lo cierto es que al monopolizar el Estado la actividad comercial con el Nuevo Continente, la nobleza castellana, que controlaba los consejos de Es-

(1) Henry Kamen, *La Inquisición española*, Barcelona, Grijalbo, 1979.

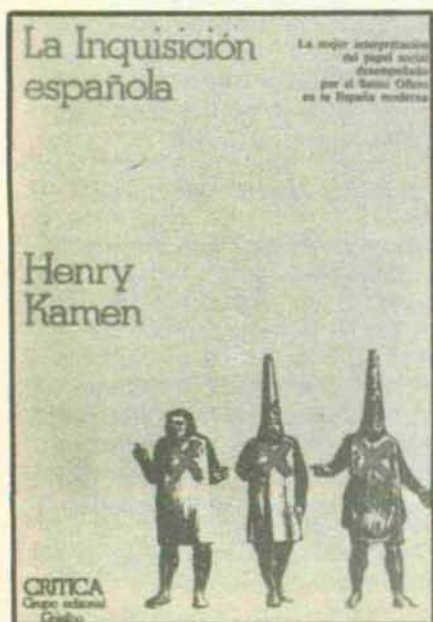
tado, se vio favorecida por las oportunidades que brindaba esa situación. Sobre todo, porque la desaparición de los judíos de la vida económica, y la creciente persecución de los conversos, creó un espacio vacío. Según Kamen, la expulsión de los judíos, que tuvo lugar en 1492, en una interpretación amplia: «...fue una tentativa de la nobleza feudal para eliminar aquella parte de la clase media (los judíos), que amenazaba su predominio en el Estado. Era una negativa del viejo orden a aceptar la nueva importancia de aquellos sectores de la comunidad que controlaban el capital y el comercio en las ciudades».

La consecuencia fue muy grave para el país. Si bien los judíos llegaron a convertirse sinceramente, en muchos casos, y en otros lo hicieron para continuar en el país, la respuesta de la nobleza fue el establecimiento de una distinción entre «cristianos viejos» y «cristianos nuevos», susceptibles, estos últimos de revisión. Sólo teniendo en cuenta la totalidad de los factores sociales que juegan en el contexto, anota el autor, puede encontrarse, tras la fachada religiosa y la cuestión de la intolerancia, motivaciones más profundas. «Para nosotros —dice también—, el problema es considerar cómo una nación puede ser constreñida y circundada por la estrecha visión de sus propias clases dominadoras, de modo que una comunidad «abierta» con lazos creativos con el mundo exterior, sea forzada a recogerse sobre sí misma, cortando todas las comunicaciones externas y convirtiéndose así en una «sociedad cerrada». En el corazón de este desarrollo figura la Inquisición española». ...«Al mismo tiempo, España se retiró de la participación activa en la vida intelectual de Europa y se dedicó a los ideales del resurgimiento de la Iglesia y de la aristocracia militar...».

Buena parte del objeto de la obra está centrado en el análisis del crecimiento en el poder de la Inquisición; la polémica entre las fuerzas que la apoyaron, que pretendían ensanchar el área de sus atribuciones, y la autoridad de algunos pontífices, que ensayaron retacear su campo de acción o, por lo menos, supervisar su cada vez más temible poder.

El espacio que dejaron en la vida económica los judíos —en técnica comercial y capacidad financiera—

fue inmediatamente llenado por los banqueros, particularmente italianos, que controlaron así el comercio con América, y donde algunos nombres españoles, como el de Simón Ruiz, formaban minoría. Pero la Inquisición tuvo íntima vinculación con los ideales caballerescos, la ambición de una nobleza que aspiraba a una mayor participación en los negocios, y el entorno social en que se insertaba su actividad. El mismo Kamen señala que, en líneas generales, no puede afirmarse que la Inquisición fuera impopular: «La Inquisición no fue la imposición de una siniestra tiranía sobre un pueblo reacio a admitirla. Fue una institución que nació de una situación político - religiosa particular, impelida e inspirada por una decidida ideología cristiana vieja, y controlada por hombres cuyos puntos de vista reflejaban la mentalidad de una gran masa de españoles. Fue popular al igual que los conceptos erróneos son populares. Las excepciones estuvieron constituidas por algunos intelectuales aislados, y otras personas cuya raza era suficiente para excluirlos del seno de una nueva sociedad erigida sobre la base de un conservadurismo triunfante y militante». Se apoyaba, sobre todo, en el antisemitismo, atizado en la opinión popular por la serie de atrocidades que se hacían circular sobre el comportamiento de los judíos, y sobre la duplicidad de los conversos. No obstante ello, cuando se establece, en 1483, el Consejo de la Suprema y General Inquisición, el primer Inquisidor General se llamó Fray Tomás de Torquemada, un judío converso.



Esto, y el hecho de que la sangre conversa estaba muy extendida ya en España, hace necesario reconsiderar la importancia que se le ha venido adjudicando tradicionalmente al factor persecución religiosa y adecuar el problema en sus verdaderos términos. Como deja sentado Kamen en su libro, la persecución se agudizaba cuando era necesario actuar contra ciertos grupos sociales. Las listas de acusaciones por herejía, por ejemplo, no muestran casi gentes de oficio, y si, en cambio, muchos comerciantes o financieros. Si en la España moderna la Inquisición cumplió un papel eficiente, éste fue, sobre todo, como instrumento de la lucha de clases, pese a que muchas veces desbordó sus propios fines, como suele suceder con todos los instrumentos de poder. Su papel más señalado fue, sin duda, que logró implantar la ideología del grupo social dominante, y evitar que existieran cuestionamientos. El autor anota con acierto que: «La Inquisición comenzó a desmoronarse sólo cuando el régimen que la creó comenzó a debilitarse, y cuando el personal de tal régimen, las secciones administrativas de la clase dominante, comenzaron a hacerse preguntas sobre la armazón de la vida económica y política de la nación».

Se trata de una interpretación marxista de la historia de las actividades del Santo Oficio en España y, como toda visión histórica, susceptible de matizaciones y de ser completada con múltiples referencias. Tiene, no obstante, la virtud de presentar un estudio serio, que ha utilizado los repositorios donde se incluyen los procesos de la Inquisición, y que abre nuevas pautas para una revisión de la historiografía liberal, o de polémica religiosa, que ha circundado hasta ahora el tema. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO CANARIO

Si bien la historia de un pueblo no se restringe a su problemática económica, porque siempre es más compleja y

polivalente que ésta, sin embargo, cabe considerar este factor como condicionante de la mayor parte de la vida social.

La «Historia del Movimiento Obrero Canario» es importante por el enfoque con que encara las luchas populares, por el rigor investigativo y crítico y por la amplitud de información, pero, además, porque un estudio de este tipo, desenmascarador de las élites dominadoras de la cultura, no había sido concebido aún para esa zona. La finalidad de la obra queda explicitada en la Introducción: «Confiamos que este trabajo sirva a nuestros lectores y, particularmente, a los trabajadores canarios para profundizar en el conocimiento de su historia, recobrar su «paternidad» ocultada y negada, reflexionar sobre las luchas y sus resultados y, en definitiva, adquirir una visión de conjunto sobre la situación actual y los problemas heredados» (pág. 6).

La gran masa de trabajadores de las islas, cuya economía es casi exclusivamente agraria, está formada por campesinos, a excepción de aquellos que dependen de las empresas exportadoras y comerciales. Este campesinado está constituido por una minoría de colonos y pequeños propietarios y una mayoría de proletariado rural (jornaleros y braceros que «venden su fuerza de trabajo a los grandes terratenientes»). La estructura productiva consolida y es consolidada por una oligarquía que se basa en el dominio de la tierra. El alto valor del suelo, debido al laboreo especulativo y al proceso desamortizador que incidió sobre las propiedades del clero y de los predios comunales, permitió la concentración de la propiedad en manos de unos pocos. Así se aceleró la proletarianización campesina que se vio arrastrada a una situación de miseria y debió recurrir a la emigración. Por esta causa, la pirámide poblacional presenta un perfil desequilibrado, mayoría de ancianos, de menores y neto predominio de la mujer entre los 15 y los 45 años.